

NOTAS

Alain Guy (1918-1998). Hispanista filósofo

ANTONIO HEREDIA SORIANO

Universidad de Salamanca

NACIÓ en La Rochelle (Francia), a orillas del Atlántico, el 11 de agosto de 1918. Desde su mocedad y a lo largo de toda su vida, estuvo vinculado a la filosofía española; de tal manera que nada de ella le fue ajeno. Ni la diversidad de sus corrientes, ni los rincones más apartados de su geografía, ni las instituciones o sociedades que la alentaban, ni los órganos de expresión que la difundían, ni sobre todo, los autores (grandes o pequeños, viejos o jóvenes, antiguos o modernos) que la representaban... Todo cayó bajo su foco de atención; nada de lo que tenía que ver con ella quedó fuera de su mirada. Desde los 19 años de edad hasta los 80 en que murió en Narbonne el 7 de noviembre de 1998, a orillas de otra gran masa de agua salina, el Mediterráneo. Y así, entre mar y mar, de puerto a puerto, aprovechando la bonanza cuando la había y afrontando con firme carácter las inclemencias del tiempo, que también las hubo, hizo con perseverancia, hasta el final, su particular navegación de hispanista filósofo.

Fue la suya una vocación audaz y decidida, alumbrada en la Universidad de Grenoble allá por los años 30. Como alumno de brillante currículum y de ejemplar ejecutoria académica, pudo trabajar pronto con aquel gran maestro de hispanismo y de filosofía interior que fue Jacques Chevalier, su primer inspirador y animador, “maître aimé qui a formé ma pensée”, según sus palabras. A su lado, y en plena guerra civil española, emprendió con singular entusiasmo el estudio de nuestra historia filosófica¹. Toda ella fue siendo recogida por él en la rica variedad de sus aspectos y matices, rastreada con altura de miras y profunda generosidad: desde Fray Luis de León y la Escuela de Salamanca, horizonte renacentista inicial, punto áureo de partida y de encuentro, hasta abarcar, firme y tenaz, la totalidad de esa historia...; hasta la ultimísima novedad anotada en su cuadernillo con letra y a garrapata y trazado pluridireccional..., esa libretilla tan suya, compañera inseparable, que todos, amigos y conocidos, hemos visto alguna vez entre sus finas manos².

¹ Él mismo ha dejado escrito que “la terrible Guerre Civile précipita mon évolution vers une consécration totale à l’hispanisme philosophique” (*Philosophie. Revue interuniversitaire annuelle*. Université de Toulouse-Le Mirail, XII-XIII-XIV/I (1986-1987-1988) 11).

² La pensée de Fray Luis de León: *contribution à l’étude de la philosophie espagnole au XVIe siècle*. Paris/Limoges, Vrin 1943 (trad. parcial española: Madrid, Rialp 1960). -*Esquisse des progrès de la spéculation philosophique à Salamanque, au cours du XVIe siècle*. Paris: Vrin, 1943. -*Les philosophes espagnols d’hier et d’aujourd’hui*. Paris/Toulouse: Privat 1956, 2 ts. (trad. española: Buenos Aires, Losada 1963). -*Ortega y Gasset, critique d’Aristote*. Paris/Toulouse: Privat 1963 (trad. española: Madrid, Espasa-Calpe 1968). -*Unamuno ou la soif d’éternité*. Paris: Seghers 1964. -*Ortega y Gasset ou la raison vitale et historique*. Paris: Seghers 1969. -*Vives ou l’humanisme engagé*. Paris: Seghers 1972 (trad. española: Barcelona, Edit. Balmes 1997). -*Histoire de la philosophie espagnole*. Toulouse 1983, 1.ª ed, 1985, 2.ª ed. (Trad. española: Barcelona, Antrophos 1985). -*La philosophie espagnole*. Paris: P.U.F. 1995. -*La philosophie en Amérique Latine*. Paris: P.U.F. 1997 (trad. española: Madrid, Acento, 1998).

Pero Alain Guy no fue un mero estudioso de nuestra filosofía pagado de erudición, ausente o distante; no le movió a sumergirse de por vida en la filosofía española la mera curiosidad intelectual, con ser ya eso mucho para un país como el nuestro que apenas contaba nada en este aspecto de su cultura; o lo que es peor, lo poco sabido estaba, salvo excepciones, desfigurado por ignorancia o prejuicios perezosos y vagabundos que venían de lejos³. Muy consciente era de ello nuestro hispanista desde su primera juventud; era casi un adolescente cuando asumió la tarea, no ya de llenar un vacío de conocimiento, sino de corregir la imagen clisada que se tenía todavía en su época de nuestra filosofía. Quizá el haberse iniciado por el siglo de oro, una de las más altas cotas de nuestro espíritu colectivo, le dio ánimo para lanzarse con fe al trabajo y a la lucha restauradora. Tuvo también la buena fortuna de contar en sus primeros pasos con el ejemplo y apoyo de un brillante y aguerrido plantel de sólidos hispanistas como Pierre Jobit, Gaspard Delpy, Maurice Legendre, Henrio Coller, y sobre todo Agino Kohler, Raymond Bayer, Marcel Bataillon, Jean Sarrailh, Jean Baruzi..., y de forma eminente el ya mentado Jacques Chevalier.

Este último, bergsoniano, a quien Guy dedicó su primer libro⁴, fue su verdadero maestro de juventud y quien le abrió el apetito de la filosofía española, cuya existencia defendió con pasión de converso en 1927. En un breve y significativo ensayo aparecido en *Estudios eruditos "in memoriam" de A. Bonilla San Martín* (Madrid, 1927, t. I)⁵, contrapuso dos conceptos de filosofía. Si se entendía, como hacía la mayoría, a la manera hegeliana, “como una dialéctica de conceptos, como un sistema cerrado, en donde el Universo será reconstruido *a priori* por nuestro espíritu, de suerte que la genealogía de los conceptos coincidirá con la genealogía de las cosas”... Entonces -decía Chevalier- no hay filosofía española, pues ésta se ha expresado históricamente “no por conceptos ni por sistemas, sino por gritos del alma, por explosiones espontáneas de imágenes, de sentimientos y de ideas; por observaciones del más sutil y del

³ Escribía a este respecto A. Guy, en 1956: “La difusión de estos sabios fuera de las fronteras de España [se refiere a una larga lista de filósofos españoles de los siglos XIII al XX] ha sido entorpecida, por desgracia, en todas las épocas y todavía al presente, por una multitud de causas extrínsecas, tales como los odios nacionales, las guerras, el aislamiento geográfico de la Península en el extremo de la Europa Occidental, las censuras de la Inquisición, el eclipse político y económico de España en estos últimos siglos y, por fin y sobre todo, la odiosa ‘leyenda negra’ difundida desde los enciclopedistas...” (Alain Guy: *Los filósofos españoles de ayer y de hoy*. Trad. de Luis Echevarry. Buenos aires: Losada, 1963, p. 24).

⁴ *Métaphysique et intuition: Le message de Jacques Chevalier*. Paris-Limoges-Nancy: Charles-Lavauzelle, 1940.

⁵ En 1945 apareció este mismo trabajo traducido por D. Manuel Mindán bajo el título *¿Existe una filosofía española?* “Revista de Filosofía”, Madrid IV (1945) 589-594, n.º 15. Los textos que citamos de Chevalier son tomados de esta traducción.

más profundo realismo interior, en su literatura, en el *Quijote*, en *La vida es sueño*, en las obras de sus místicos, así como en las de sus teólogos y sus juristas”. Pero si la filosofía es otra cosa que un juego dialéctico de conceptos o una mera técnica de “componer la máquina”; si la filosofía -decía Chevalier- es sobre todo “sabiduría, es decir, el arte de ordenar la conducta de uno según principios, de orientar la vida hacia la verdad, de pensar pura y profundamente lo que se hace, y de hacer también lo que se piensa y lo que se quiere después de haberlo pensado; si la filosofía es más intelectual que verbal, y más espiritual que intelectual, si procede del alma y vuelve a ella, entonces, sí, incontestablemente, hay una filosofía española; sí -remachaba Chevalier- España tiene una filosofía admirable entre todas”. Una filosofía, decía el maestro muy en sintonía con sus amigos y correspondientes salmantinos Unamuno y Domínguez Berrueta, inscrita en el pueblo, aspirando “a lo infinito, a lo eterno...”.

Chevalier terminaba su artículo con estas significativas palabras, llenas de confianza en nuestro acervo cultural y premonitoras de la misión histórica que, según él, España estaba llamada a cumplir en un futuro no muy lejano: “Nosotros los filósofos -decía- tenemos que aprender hoy más que nunca de España. De ella tenemos que aprender de nuevo esta gran verdad vital: que las naciones modernas, corrompidas por una civilización excesiva, por exclusiva, están en trance de olvidar; es decir, que el destino del hombre es un destino espiritual. Y, quién sabe, quizá no esté muy lejos el día en que, una vez amortiguada la oleada de la civilización industrial, la inmensa fuerza espiritual que España tiene en reserva entre en juego para renovar no sólo la filosofía, sino con ella y por ella el mundo”. Al año siguiente de estas palabras, en 1928, Chevalier visitó la Universidad de Salamanca donde pronunció una conferencia sobre el realismo espiritual de los místicos españoles. Y andando el tiempo, ya en plena guerra civil, en 1938, como director de la Memoria de Licenciatura de A. Guy (véase nota 8), redactó de su puño y letra una dedicatoria a la Universidad de Salamanca firmada por él y por el propio Guy, dedicatoria que antepuso en folio aparte al ejemplar enviado como obsequio a la Biblioteca salmantina. El texto de Chevalier que transcribimos en nota, leído a la luz del que acabamos de copiar, refleja con claridad la mente y actitud que, muy en sintonía con la España *nacional* en lucha, intentaba transmitir a sus discípulos⁶. Entre estos cabe mencionar al gran personalista Emmanuel Mounier, que se alejó de su maestro por causa de la diferente actitud ante la guerra civil española, y a Alain Guy, cuya fidelidad, presente y signada en 1938, no fue óbice para que más adelante se produjera un enfriamiento a causa de la participación de Chevalier en el Gobierno del general Pétain, noticia que debo al P. E. Rivera,

“ A la noble Université de Salamanque,
rempart de la foi,
foyer de civilisation humaine et chrétienne,
capitale spirituelle de la sainte Espagne,
avec toute notre sympathie et notre admiration.

Jacques Chevalier **Alain Guy**
en la fête de St. Jacques le Majeur, 25 juillet 1938”.

al que acabo de visitar, muy enfermo, en el hospital. En todo caso, la mente y los brazos de A. Guy estuvieron siempre abiertos a la España total, la interior y la peregrina.

* * *

A la vista de todo lo anterior se comprende que Alain Guy, como hemos dicho, no fuera un hispanista distante sino comprometido con el buen nombre de España y de su verdad histórica. Actitud que nacía en él, en los años 30, aparte la influencia de Chevalier, de una doble exigencia interior de índole religiosa y filosófica a la vez. Por un lado, el deseo vehemente de rehacer el tejido cristiano de Europa, muy deteriorado por lo que entonces se llamó el “desorden establecido” (auge de los totalitarismos de diversa clase y del imperio del dinero: humilladores ambos de la dignidad de la persona), y de rehacer aquel tejido mirando precisamente a España, a su Siglo de Oro sobre todo, núcleo privilegiado de observación en el círculo de Chevalier. Por otro lado, el convencimiento de que tal restauración debía hacerse, al menos también, por vía intelectual profunda, filosófica, con “espíritu de pura investigación”, según él mismo se expresó posteriormente⁷. Ello le llevó a una práctica singular, insólita en el hispanismo francés, que le predispuso, de un lado, a fijar la atención en nuestra filosofía estricta y metafísica, y de otro, a buscar en ella valores que, a su juicio, la humanidad necesitaba en momento de crisis tan grave: el amor al bien y a la verdad, el sentido de la justicia y de la paz.

El mismo, en su Memoria de Licenciatura presidida por lemas sacados de autores del ámbito salmantino como Unamuno (“No hay más orden que el de la Justicia”) y Santa Teresa de Jesús (“Sólo Dios basta”), confiesa que lo que quiso hallar en Fray Luis de León fue “el alma o espíritu salmantinos”. Y añadía: “Hemos intentado situarlo en su “circunstancia” española y mostrar cómo en aquellas horas difíciles [del Renacimiento], el genio de España encarnó las más altas cimas del pensamiento humano, y cuánto encierra de lecciones profundas para el hombre de hoy el mensaje de la Salamanca del Siglo de Oro”⁸. Más tarde, en plena madurez, aclaraba el espíritu de aquella metodología tan suya: “Debo confesar, con toda sencillez, que, en mi exploración de estas tierras todavía poco conocidas, no he tenido el ánimo de un analista frío o de un conquistador ávido, sino más bien el de un admirador entusiasta y un amigo leal, incapaz de reticencias ante todo lo que es bello y valioso; y al hacer esto

⁷ A. Guy: *Los filósofos españoles de ayer y de hoy*. Buenos Aires: Losada, 1966, p. 8.

⁸ A. Guy: *La tradition philosophique de Salamanque au siècle d’Or et Fray Luis de León*. Diplôme d’Etudes Supérieures de Philosophie, soutenu par Alain Guy, Licencié en Philosophie, Laueéat de la Faulté des Lettres de Grenoble, Le mercredi 15 juin 1938. Ejemplar dactilografiado, pág. 3.- Para comprender la actitud mental y comprometida de Guy en su juventud, y el talante vital con que se acercó a Fray Luis de León y a la Escuela de Salamanca, baste citar uno de los últimos párrafos de esta Memoria. Dice así: “ Nous retiendrons du message de Fray Luis, en même temps que ses enseignements moraux. La critique constante du pharisaïsme, l’amour de la pauvreté, la lutte courageuse pour la Verité, tels sont les caractères de l’ethique ‘luisienne’. Nous nous souviendrons, aussi, avec le grand augustinien, que ‘la violence n’est jamais durable’ et que ‘la violence, c’est tout ce qui est mauvais et injuste’ ” (p. 135).

tengo la convicción de que he permanecido estrictamente fiel a mi vocación de universitario, que lleva a la *Einfühlung* y a la *togetherness*⁹.

Esta actitud metodológica, apasionada y militante, y no por eso menos crítica, le permitió conocer y difundir la real pluralidad de nuestra historia filosófica, sin ceder a silencios preconcebidos de escuela, sin caer en oscuros resentimientos ideológicos. Su debilidad -si es que puede llamarse tal a un cierto exceso informativo- es su fuerza, porque ello le permitió por sí mismo probar que la filosofía española es rica y plural y no se agota en ningún esquematismo; aparte de que tal exceso nacía de un corazón noble, generoso, nada mezquino, ávido de estar al día y de dar a conocer cuanto parecía moverse en la superficie de nuestra vida filosófica, descubriendo así, sin falsa prudencia o timidez vergonzante, valores y matices donde otros ven o han visto sólo páramos o monótonas llanuras. Quiso ser abundante y copioso en un país tradicionalmente parco en airear la filosofía española. También quiso ser en esta materia más notario que juez, quizá por reacción a los juicios sumarísimos de que había sido víctima tantas veces en su medio nuestra filosofía. Por todo ello, por haber aspirado sencillamente a *mostrar lo que hay*, paso obligado para salvar la compleja realidad histórica, la obra de Alain Guy se levanta a finales de este siglo como una admirable muestra de honrada y profunda investigación, como un contrapunto luminoso y eficaz lleno de buenos augurios por la solidez de su factura, por la riqueza de su contenido, en la ya larga y excelente tradición hispanista francesa, y aun española y mundial.

Pero Alain Guy no es para nosotros, hispanistas filósofos españoles, sobre todo para quienes lo conocimos muy de cerca, un mero *curriculum vitae*, por muy amplio y brillante que sea, ni menos una personalidad lejana, inasequible... Quien desee conocer datos sobre su densa vida académica y extensísima bibliografía, noticia de sus premios y distinciones, referencias sobre su múltiple actividad en favor de la difusión en Europa de la filosofía española e iberoamericana..., puede consultar los tres tomos que, como homenaje, le ofreció la revista "Philosophie" de la Universidad de Toulouse, de la que fue profesor de 1954 hasta 1985 en que se jubiló. En el tomo I hay abundante información sobre nuestro autor y su obra¹⁰. También la hay en otros lugares de la misma publicación y en un artículo mío en que ensayé una interpretación de las especiales relaciones del Prof. Guy con Salamanca, cuya Universidad le concedió en 1986 el Doctorado *Honoris causa*¹¹.

⁹ A. Guy: *Los filósofos españoles de ayer y de hoy*. Buenos Aires: Losada, 1966, pp. 8-9.

¹⁰ "Philosophie". Université de Toulouse-Le Mirail, XII-XIII-XIV (1986-1987-1988) 23-32, t. I. Mélanges offerts à Alain Guy. Los artículos sobre Guy y su obra pertenecen a Jean-Marc Gabaude, Luis Jiménez Moreno, José Antonio Míguez y Jorge Uscatescu.

¹¹ A. Heredia: Alain Guy y Salamanca, "Naturaleza y Gracia", Salamanca, XL/1 (1993) 77-93.- En mayo de 1989, el I.C.E. de la Universidad de Barcelona consagró a nuestro hispanista un *Curso Extraordinario* dirigido por el Prof. Eudaldo Forment. Colaboraron en dicho Curso, además de Forment, los profesores Jean-Marc Gabaude, Ignacio Guiu Andreu, Luis Jiménez Moreno, Francisco Jiménez Moreno, Francisco López Frías, Enrique Rivera de Ventosa, José María Romero Baró, Juana Sánchez-Gey Venegas, el propio Alain Guy y quien esto escribe.- Pionero en asomarse a la obra de nuestro hispanista ha sido el Prof. Enrique Rivera de Ventosa: *Alain Guy, intérprete del pensamiento hispánico*, "Cuadernos Salmantinos de Filosofía", I (1974) 243-257.

Son datos y noticias, referencias objetivas y eruditas al alcance de quien desee información fidedigna sobre la vida, obra y pensamiento de este profesor y amigo recién desaparecido. Masa documental buena y necesaria que habla por sí misma de la pureza y profundidad de un proyecto consagrado totalmente al hispanismo filosófico. Camino que han de trillar quienes se dediquen a la investigación de esta figura singular. Pero no olvidemos que lo que queda de un hombre para la mayoría que viene después de él, incluso para quienes lo han tratado, es casi siempre un esquema de lo que ha sido... ¡Y ojalá que el trabajo de reconstrucción refleje con fidelidad, al menos, lo más esencial y significativo...!

Como botón de muestra, sólo me detendré con suma brevedad, y por la especial trascendencia que ello comporta, en la vertiente institucional de su labor. Porque A. Guy no se limitó -y ya fuera mucho en su circunstancia- a cultivar para sí e individualmente, o para un círculo reducido, la historia de la filosofía española e iberoamericana. Ha hecho mucho más. Algo que roza el heroísmo dentro de lo que suele ser la normal vida académica de un profesor: crear una infraestructura académica dedicada a la investigación, enseñanza y difusión de la filosofía en lengua española y portuguesa. El primer paso lo dio en 1954 cuando, estimulado por Georges Bastide, decano, inició en la Facultad de Letras de la Universidad de Toulouse (Departamento de Filosofía) la enseñanza regulada de la filosofía española, válida, al igual que el resto de las disciplinas, para la obtención del llamado Certificat d'Histoire Générale de Philosophie. Después, en 1967, contando también con la ayuda del Prof. Bastide, fundó en la misma Universidad el *Centro de filosofía ibérica e iberoamericana*, que dirigió desde su fundación hasta 1987. Una biblioteca especializada, reuniones periódicas de trabajo, conferencias, proyectos colectivos e individuales de investigación, publicaciones..., son algunos aspectos de una labor decidida que afirmaba, dentro del hispanismo internacional, el área propiamente filosófica.

Pero como hemos dicho antes, A. Guy no es todavía para nosotros, sobre todo para nuestra Asociación y para quienes tuvimos la suerte de conocerlo y de tratarlo, un tema de estudio. Sigue siendo más que nada una vida aún caliente, una presencia íntima y cordial, un hogar... que solicita afecto, agradecimiento y admiración por la rectitud de su proceder científico en favor de la filosofía española, por su calidad humana, por su sencillez y generosidad. Abrió desde Toulouse, en tiempos difíciles, una ventana a nuestra filosofía viva contemporánea, plural y heterogénea; trató con exquisita cortesía a quienes aceptaron su invitación; fue en nuestro país punto de referencia de una parte, al menos, del hispanismo filosófico que él ayudó a sostener y consolidar; y de forma especial, fue columna y cimiento, estímulo permanente del proyecto salmantino... Aun tengo en la retina, imborrable, la llegada puntualísima de Guy a la sesión inaugural de uno de los primeros Seminarios, trayendo en su cuerpo las señales todavía frescas del accidente que acababa de sufrir en su país. Pudo haberse quedado en casa. Motivos no le faltaban, pero prefirió acudir a la cita. Su presencia nos llenó a todos de moral. En los 20 años de Seminario (1978-1998) sólo

faltó a la última edición, y porque la enfermedad lo había herido ya de muerte. ¡Y cuánto sintió la ausencia, según su propia confesión!

A todos dio ejemplo de fe en un hispanismo filosófico abierto e integrador, y de esperanza en la solidez y valor de su contenido; ejemplo de amistad justa y verdadera entre sus cultivadores... Y es que, en el fondo, desde su primera investigación hasta su último libro, toda su obra apretada en fuerte coherencia, nació de un ardiente amor a la verdad y del sagrado respeto al hombre, animado todo ello con la fuerza de una profunda, ilustrada y auténtica religiosidad. El mejor homenaje que podemos ofrecerle será leer su obra, penetrar en su espíritu y hacer que siga fructificando en nuestro trabajo de cada día... Descanse en paz el amigo fiel, el maestro sabio y sencillo que desde su juventud hasta su muerte estuvo entregado a la causa filosófica del mundo hispánico.